

PRESENTACION OBRA CENTENARIO.

Prólogo.

Es natural que esta obra conmemorativa del centenario de nuestra Universidad, vaya precedida por unas breves palabras del Rector. Aunque él no sea historiador, está investido con la responsabilidad de mantener viva la tradición que forjaron sus ocho antecesores, y por lo mismo es casi obligatorio para él decir una palabra sobre las lecciones del pasado.

La obligación se hace grata, porque el impresionante trabajo de prolija investigación y de síntesis histórica, que han llevado a cabo el Profesor Krebs y sus colaboradores, constituye un aporte muy valioso a la historia patria, y nos permite situar nuestra propia vida institucional en el cuadro general del Chile del siglo XX. Los autores se han hecho acreedores a la gratitud, no sólo de la universidad, sino de todo el público estudioso chileno.

La fundación de nuestra universidad se inscribe dentro de un movimiento que estuvo orientado a llevar la fe católica a la vida pública. En las memorias de Don Abdón Cifuentes, este "obrero infatigable" de la causa católica refiere sus conversaciones con el Arzobispo Valdivieso, y su inquietud por persuadir a los católicos de que no bastaba con el ejercicio de las "virtudes domésticas", y de que era imprescindible que se arriesgaran en las agitadas aguas de la política y el periodismo. A fines del siglo XIX, aquietadas las luchas teológicas, y triunfantes por doquiera las ideas positivistas y liberales, no parecía quedar espacio para el pensamiento católico en la vida pública chilena. La providencial reticencia del Arzobispo Casanova a apoyar las vehemencias partidistas de los políticos conservadores, obligó a estos a desviar sus esfuerzos hacia una empresa de más largo alcance, que no miraba al éxito inmediato sino que se confiaba en el poder transformador de la educación.

El 8 de Septiembre de 1888, el Obispo de Martyrópolis, Don Joaquín Larraín Gandarillas, que había de ser el primer rector de nuestra casa, pronunciaba en una solemne asamblea, un discurso en el que fijaba los rasgos fundamentales del instrumento que había sido diseñado. Lo caracterizaba con las palabras: "una Universidad Católica libre": Universidad entonces, iluminada por la fe: taller en el que se

educa el corazón y se forma el carácter de los jóvenes: corporación que no vive del aliento ni de la inspiración oficial, y que aspira a deberlo todo a su propio y abnegado trabajo y a las simpatías que logren inspirar sus doctrinas, sus profesores y sus métodos, y que no deberá apasionarse sino por un ideal: el de trabajar con desinteresado celo por la difusión de las verdaderas luces y por la sólida educación de la juventud.

El acto fundacional representaba una profunda novedad dentro del mundo hispánico donde prevalecía una estrecha ligazón de la universidad con el Estado, la que era reclamada por las repúblicas como parte de la herencia recibida de la corona. La Iglesia que le había dado su forma a las universidades hispánicas que habían creado los reyes, y que se veía ahora desplazada por un estado laico, quería recuperar su derecho a enseñar. Había en ello una profunda intuición: sólo la práctica ilustrada de las más diversas ramas de la vida pública podría llevar al convencimiento de todos, el hecho de que la fe cristiana se podía transformar en un poderoso acicate para el progreso espiritual y material de un pueblo.

Esta concepción, defendida y puesta en práctica desde la nueva institución, se manifestó en una larga y a veces enconada lucha por la libertad de enseñanza. Como resultados de ese esfuerzo, se fueron consolidando escuelas profesionales de variada naturaleza, pero además, se fue abriendo el camino para la creación de otras universidades, inspiradas unas por la misma vocación docente de la Iglesia y movidas otras por la notable creatividad educacional que se manifestaba en las provincias. La Universidad Católica afianzó así la libertad de enseñanza como una de las más valiosas contribuciones a nuestras instituciones educacionales.

Pero además, y como se insinuaba más arriba, la influencia progresivamente creciente de profesores y graduados de la Universidad, fue introduciendo de modo insensible un cambio decisivo en la valoración de "lo católico" en la vida intelectual y profesional. Ya no se podría homologar la fidelidad a la Iglesia con un espíritu retrógrado anclado en un pasado muerto. La obra genial de profesores como Ramón Salas o Francisco Javier Domínguez, vino a sumarse a la lenta, pero segura acción de promociones de profesionales competentes e imbuidos en los principios de la universidad donde se habían formado. Para que no se crea que estoy exagerando, quisiera sólo recordar

que cuando se fundó nuestra Escuela de Medicina en 1930, todavía persistían resabios de una valoración negativa del carácter católico de un instituto de enseñanza superior, hasta tal punto que uno de los más distinguidos médicos de ese tiempo, comisionado por el gobierno para que informara acerca del proyecto de la nueva escuela, reconocía casi a regañadientes que, no obstante su carácter católico, la universidad ofrecía cierta garantía de que se pudieran estudiar en ella carreras científicas de modo conveniente.

Ya en la solemne asamblea inaugural de 1888, Abdón Cifuentes había abogado por los estudios técnicos, los que en su sentir eran indispensables para sacar al país de su atraso y darle nuevas perspectivas de desarrollo integral a la juventud. Por eso, la Universidad se interesó desde muy temprano en carreras como Ingeniería, Arquitectura, Agronomía, distantes de la concepción convencional de Universidad que prevalecía en el país. La institución se aventuró también en la enseñanza técnica de nivel intermedio, y realizó numerosos intentos en esa dirección. Instituciones relacionadas con la Universidad como es la Fundación DUOC en nuestros días, no nacieron simplemente porque sí. Ellas responden a una voluntad fundacional precozmente expresada.

Menos podían imaginar los iniciadores de esta obra que la consecuencia lógica del impulso que le habían dado, había de ser la de producir un impacto profundo en el desarrollo de la ciencia en Chile. La escuela de estudios de hidráulica que inició Ramón Salas no fue el último fruto. Muy por el contrario, la creación hacia 1930 de la Escuela de Medicina fue un aporte decisivo a la implantación de la investigación científica como actividad profesional en el país. Otras creaciones tales como el Hospital Clínico, fueron tomando posiciones de vanguardia en algunos campos y hacia mediados de los años sesenta se podía decir que la presencia pública del pensamiento y la formación cristiana en los medios profesionales del país, había cambiado cualitativamente si se la comparaba con los comienzos del siglo.

Una larga mención merecería la preocupación de la Universidad por la Educación en sus diversos niveles, así como por la comunicación social, tanto en el aspecto de formación de profesionales como en el del empleo activo de medios tan importantes como la Televisión. También aquí, la obra de la universidad es la expresión de inquietudes muy profundas de sus fundadores. Y en una hora muy difícil al afrontar la

exigencia de separar de su seno a la Facultad de Educación, la Universidad se negó rotundamente a hacerlo, y no procedió así por mero afán de conservar lo que tenía, sino por la íntima convicción de que el ceder en aquellas circunstancias significaría abdicar de su misión.

Podría extenderme mucho más y recordar el interés por la formación integral del estudiante que llevó a la creación del Club Deportivo, la creación de la Federación de Estudiantes, FEUC, o esa verdadera coronación de la obra de una Universidad católica que fue la creación de la Facultad de Teología. Pero no tengo el propósito de hacer aquí una historia de la universidad, sino de hacer resaltar sólo algunos rasgos que me parecen distintivos. Y uno de ellos es la influencia siempre indirecta, nunca enredada en el campo de la maniobra, que ha ejercido la universidad en la vida pública y política chilena. A partir de los años treinta se genera una inquietud nueva en la política chilena, la que origina el surgimiento de grupos ideológicos de muy diversos signos, pero que tenían en común su inspiración en alguna interpretación de la ética social cristiana y su origen en las aulas de esta universidad. A pesar de las hondas discrepancias que los separaron muchas veces, estos grupos han ejercido una influencia decisiva en aspectos críticos de la vida política, económica e institucional del país. En su aparición y su acción se revela también la visión de futuro de nuestros fundadores. Lo católico parecía muerto para la vida pública ilustrada de comienzos de siglo. Hoy día podemos legítimamente pensar que si sacamos del escenario a la Universidad Católica, no se entiende la historia política del Chile del siglo XX.

Una última palabra que me parece importante, se refiere a la vida de la institución. En los últimos treinta años, ella ha sufrido cambios muy profundos, ha afrontado peligros, tensiones y profundas divisiones que han marcado la historia de la sociedad chilena. Sin embargo, una mirada de conjunto nos mostrará a las claras que en la Universidad Católica ha prevalecido siempre un sentido muy hondo de unidad, de respeto a los demás, de voluntad de servir, disposiciones basadas en la conciencia de estar encargada de una misión. Con todos sus defectos, la Universidad se sabe responsable ante Dios y llamada a la fidelidad a Jesucristo. La imagen del Sagrado Corazón que preside el frontis de su casa de la Alameda, es como un recuerdo constante de lo más medular de su misión: acoger a toda una sociedad para caminar juntos por el camino de la salvación.

